

# Una reflexión sobre la *praxis* dentro de la *praxis* de la formación del analista

Liora Stavchansky<sup>1</sup>

*El analista no opera a partir del sentido común, sino a partir del punto fuera de lo común que causa su distinción: he aquí la deformación necesaria para su posición.<sup>2</sup>*

*Un desencantado. Esperaba oír el eco y a mis oídos no llegaron más que elogios.<sup>3</sup>*

## RESUMEN

La formación del analista no solo remite al estudio o difusión de textos, ni tampoco al propio análisis, incluye en su trayecto a la época, los movimientos históricos y discursivos que nos habitan desde principios de siglo XX. Tanto Sigmund Freud como Jacques Lacan –en su diferencia– formularon preguntas por la formación, la función, la posición y la transmisión del analista, es decir, expusieron interrogantes que desde entonces problematizan elementos teóricos, prácticos, éticos y subjetivos para sostener la *praxis* del psicoanálisis. Estas preguntas no implican únicamente los temas mencionados, sino que además apuntan a evidenciar y experimentar (en tanto hacer experiencia a partir de un acontecimiento) el trazo de la formación misma. No se trata de validarla, ni de hacer una especie de evaluación, tampoco de la suma de saberes o eventos realizados, puesto que su camino (el de la formación) escapa a la pedagogía y al entorno universitario.

**Palabras clave:** Formación, analista, *praxis*, hablanteser.

En la sesión de 1964 denominada *Excomunió*n, Lacan parte de la interrogante por el fundamento de la práctica –de su práctica– con respecto a la autorización de la enseñanza, poniendo sobre la mesa la función (*el quehacer*) del analista. Ahí argumenta que el deseo (del analista) transita por la pregunta acerca de lo que cada uno hace en su *praxis* y en su espacio clínico.

Anterior a la *Excomunió*n de Lacan, la práctica estuvo sostenida por la IPA (Asociación Internacional de Psicoanálisis) y la transferencia hacia Freud, recargándose en los estatutos de la formación de la propia IPA como organismo regulador. Una vez que Lacan queda fuera de esta asociación, se vuelve necesario construir la interrogante alrededor de la *praxis*. Este punto es crucial, puesto que, previo a este planteamiento, no se tenía presente ningún tipo de cuestionamiento sobre el *quehacer* en el análisis, el cual estaba únicamente sostenido por el aval (de la IPA), y también por el descubrimiento freudiano, es decir, por la lógica que compone al inconsciente.

En este sentido, lo que “busca” el analista –entonces, con su deseo– es hallar el momento, el instante (de la mirada) en que se pone en juego dicho trayecto formativo; de un imposible del *hablanteser*, quien está dividido entre dos sexos, no habiendo entre ellos relación recíproca alguna. No hay sexo que complete al otro, solamente vínculos que no aseguran el lazo complementario entre estos.

<sup>1</sup> Psicoanalista. Miembro fundador del Foro del Campo Lacaniano de México. [liorastavchansky@gmail.com](mailto:liorastavchansky@gmail.com)

<sup>2</sup> Dominique Touchon Fingermann, *La (de)formación del analista*, Escabel ediciones, Buenos Aires, 2015, p. 21.

<sup>3</sup> Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, Editorial Grandes de la Literatura, México, 2005, p. 67.

Permanecemos únicamente con el cuerpo, este goce no responde al sujeto en tanto pertenecer a un sexo. Así Freud lo había subrayado diciendo que la pulsión sexual no existe, sino que se trata del saldo de una construcción que se hace contener por las pulsiones parciales. De esta manera, podemos pensar la sexualidad como una arquitectura que yace sobre el anhelo de completud para llegar a la Unidad. Sin embargo, la sexualidad implica un remanente, una pérdida, un *impasse*.

Esta reflexión nos conduce de nuevo a la pregunta por la formación. ¿Se trataría de encontrar –para el analista– el momento, el guiño preciso para mostrar (de alguna manera) el efecto de la huella sintomática, de ese *impasse* sexual y “contrastarlo” con la singularidad de cada analizante?

Es importante tener presente que Freud, desde los inicios de su práctica con sus pacientes histéricas, tuvo como horizonte incluir el psicoanálisis en el campo de las Ciencias Naturales, para tener como brújula una base biológica y química que le ofrecieran un estatuto de ciencia (moderna) a sus investigaciones psíquicas. Pensaba así situar una *verdad* y un *saber* terminados, correspondientes y completados. Sin embargo, él mismo, con el descubrimiento de la pulsión de muerte, se percató que esto iba mucho más lejos del planteamiento causa-efecto, afirmando la existencia de este callejón sin salida pulsional, que interpela al sujeto, dividiéndolo.

Este *impasse*, aunque es áspero tiene cierta benevolencia. Puesto que la castración, que opera de manera plural en los sujetos, se torna chusca si nos quejamos de ella. Cada sujeto tiene una manera singular de querer ser único. Es decir, se necesita de *un tiempo* para habituarse a *eso* que hace suplencia en la castración, que es irreductible y –si bien nos va– se conserva de manera perpetua.

Cuando Freud descubría el campo del inconsciente, le fue necesario no solo la creación de otra metodología para la comprensión del término, sino que tenía que ir *más allá* del aprendizaje pedagógico y de los movimientos terapéuticos. Tuvo que construir una noción distinta de lo humano, que escapara a la conciencia y a la razón, dando lugar al *sin-sentido* como uno de los elementos primordiales para este campo inédito y abierto llamado *inconsciente*.

Para el padre del psicoanálisis, la formación se situaba también en el acercamiento y la lectura del arte, la literatura y el estudio de los mitos y religiones. Estos campos fueron retomados por Lacan para recuperar además otros saberes como las matemáticas, la topología, la lógica proposicional y muchas otras incursiones, y sostener así su axioma: *un significante representa al sujeto frente a otro significante*, que –a su vez– se enlaza con otra proposición: *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*.

De esta manera, la formación del analista engloba la información, que incluye, además de conocimientos históricos y contextuales, las herramientas psicopedagógicas que permiten el acercamiento (práctico) a los textos de Freud y de Lacan, y también, de manera esencial, la incursión por el campo ético y (por qué no decirlo) el político, que atraviesan la pregunta por la histerización del sujeto en su deseo. Este acontecimiento traducido en experiencia traza la dirección de la cura, no para saber más sobre sí mismo, sino para apostar por el saber del inconsciente, y como dijimos anteriormente, hacer evidente los efectos del síntoma en el callejón sin salida de la sexualidad.

Lacan propuso una serie de dispositivos para escapar de la problemática que implicaba una formación escolarizada o una formación universitaria del psicoanálisis. Aunque el psicoanálisis habita en la enseñanza académica, no garantiza que el analista sea *tal* con su analizante. Esto hace bisagra con lo que queda fuera, es decir, con la *ex - sistencia* de la pedagogización y psicologización del psicoanálisis (no se trata de un cambio de conducta ni tampoco de nuevos ideales, mucho menos de colocar al analista en el ideal del yo o como objeto perdido). La formación pasa por la experimentación del propio análisis, que se gesta en la experiencia del cambio de posición subjetiva con respecto a la comunidad.

Este movimiento es el reconocimiento irrefutable de la finitud de sí mismo y de los otros. Ya lo decía Freud en el texto *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y muerte*<sup>4</sup>: nadie cree en la muerte del incons-

<sup>4</sup> Cfr., Sigmund Freud, (1915), *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. Vol. II, edición 1973, Madrid, Biblioteca Nueva.

ciente, sin embargo, una vez lanzada la noticia, no es necesario que esta representación esté en el inconsciente, el analista es el primero en estar advertido de ello.

[...] queremos decir con eso que la explicación debe buscarse en la situación del psicoanálisis más que de los psicoanalistas. Pues si hemos podido definir irónicamente el psicoanálisis como el tratamiento que se espera de un psicoanalista, es sin embargo ciertamente el primero el que decide de la calidad del segundo.<sup>5</sup>

La indicación a la calidad que ofrece Lacan permitió pensar cómo la formación del analista apunta, además de la noción de muerte, hacia el campo del saber, con lo cual la intervención en la dirección de la cura no radica en informarle al paciente sobre el inconsciente, tampoco de mostrárselo como un gran descubrimiento o hallazgo. El rumbo se finca al señalar en el discurso, *ese* instante (de la mirada) donde aparece el sujeto del inconsciente.

Esta forma de trabajar no es la del pedagogo y tampoco la del discurso médico, es la del lazo social que revela la dificultad de construir una relación con el otro como semejante, ya que la función (del analista) es hacer semblante, semblante de objeto *a*. Ahí es donde radica la pregunta por la formación, puesto que se trata de des-hacerse de las explicaciones informativas y de los saberes con los que uno camina por la vida. Esta formación opera a partir de la pregunta que siempre está construida en el campo del Otro.

Es evidente que Lacan tuvo que reflexionar sobre *impasses* que implican a la formación de analistas y también a la forma de trabajo con los analizantes. El problema de la “eficacia” también se convirtió en un obstáculo de la misma *praxis*. Por ejemplo, si un niño llega a consulta traído por los padres, el tratamiento se torna exitoso si cambia su conducta y se apega a la demanda de ellos, lo cual marca, de inicio, un procedimiento fallido. En otras palabras, pensar la dirección de la cura a partir de resultados es una idea que ha estado presente desde los años 50’s. La psicología conductual tiene como horizonte el acotamiento de la buena conducta de los pacientes productivos, los que trabajan, incluso los que se alienan en la productividad de las grandes empresas y fábricas. En este sentido el psicoanálisis fija su postura, de ahí que Lacan, teniendo como contraste la escuela de los posfreudianos, diseña diversas formas de relacionar los dispositivos, dejando fuera la restitución conductual y subrayando como prioritario el cambio de posición subjetiva.

Este movimiento subjetivo nos transporta a un terreno fangoso y confuso justo porque la función del lazo social es un intento de salvar las problemáticas que implican la relación de yo en su sentido imaginario, consciente y unificado, dando cabida al registro de lo real, a ese imposible que insiste como falla, y también permitiendo la entrada al campo de lo simbólico, que opera advirtiendo un sujeto del inconsciente cuya temporalidad, ya nos la había indicado Freud, habita fuera del ámbito institucional.

Al respecto, ahí donde conviene justificar su terreno universitario, se apoderan del susodicho término, que se supone es, por haberlo usado yo, levitatorio. Pero quien me lee puede observar el “en reserva” con el que hago jugar esta referencia para la concepción del psicoanálisis. Esto forma parte de las concesiones educativas a las que debí acceder por el contexto de ignoratismo fabuloso en el que tuve que proferir mis primeros seminarios.<sup>6</sup>

Plantear la formación del analista en tanto lazo social implica un lazo de tres nudos: Real Simbólico e Imaginario. A través de los cuales quien funge como analista está advertido, no solo por su vínculo con la castración como ya mencionamos, sino por el *plus* de gozar que determina el enlace con el saber, ese “en reserva” que Lacan recalca.

A partir de esto, se puede aseverar que la formación se pone a prueba con cada uno de los analizantes, puesto que, desde Freud, cada tratamiento inicia de cero, con una forma diferente de situar el caso por caso. La singularidad de cada sujeto no se hace presente por la diversidad de personas, sino porque nunca sabemos

<sup>5</sup> Jacques Lacan, “Situación del psicoanálisis y su formación del psicoanalista en 1956”, En *Escritos I*, Siglo XXI, México, 2013, p. 432.

<sup>6</sup> Jacques Lacan, “Proposición del 9 de octubre de 1967, En: analista de la Escuela”, En *Otros escritos*, Paidós, Argentina, p. 265.

cuándo tendrá lugar. Así, la formación del analista se sostiene por varios puntos, pero ninguno de ellos usa el recurso de dar información al paciente. Estas coordenadas son la supervisión, la evidencia de la información, la experimentación-experiencia del propio análisis, e incluso, los grupos de estudio entre pares. Idea generalizada que sitúa el punto nodal de la formación, homóloga al ombligo del sueño, aquel lugar inaccesible a la interpretación, al recuerdo y a la rememoración del sueño. La función del analista se sitúa en esas dimensiones, y su intervención (que nunca está calculada), no es fruto de la razón. Tiene como agente la escucha de los significantes que aparecen en cadena, y que son capturados desde el Otro vía el discurso.

Podemos recuperar aquella frase de Lacan en la que admite que el psicoanalista paga con su castración; castración que no implica al tratamiento, sino que de algún modo lo borra como sujeto revelando su lugar en la dirección de la cura, lugar que hace función del muerto. Este sitio no implica habitar el silencio<sup>7</sup>, opera a partir de los significantes que le ofrece el paciente, permitiéndole ponerlos en juego, quedando así sustraído de la escena fantasmática. En otras palabras, no gozar con lo que dice el analizante.

Subrayar de alguna manera cómo es que trabaja un analista, es la propuesta para revelar que su formación aparece en cada una de sus intervenciones, es decir, **la formación del analista es su intervención**. Si esto es así, no rechazamos lo que acompaña su (con)formación, su operatoria se sitúa en acto, y no hay otro acto que no sea el ético; esa posibilidad de abrir un espacio para que el analizante ponga en juego su deseo en el fantasma. Se trata de ofrecer ciertas condiciones para que el sujeto del inconsciente –en su aparición– no sea obturado y se cierre la transferencia.

Christian Igno Lenz Dunker en la introducción del texto *La (de)formación del analista* de Dominique Touchon Fingermann, al respecto argumenta haciendo también alusión al epígrafe de este texto: “Esta deformación nos recuerda el inconsciente y la tesis lacaniana de que el psicoanalista forma parte del inconsciente, siendo él mismo una de sus formaciones”.<sup>8</sup> Entonces, no hay otro modo de verificar la formación del analista que no sea en su intervención, en el mismo acto, ético e inconsciente; en la conmina a hacerse presente en el llamado de su paciente, que lo convoca a no responder a esa demanda, invitándolo a responder en transferencia, desde una posición tercera, aquella que al hacer semblante de objeto *a*, lo sustrae de la escena. Este “*saber en reserva*” es la forma de situar lo que permite operar en la escena fantasmática.

Esto no autoriza en modo alguno al psicoanalista a contentarse con saber que no sabe nada, porque lo que está en juego es lo que él tiene que saber. Lo que tiene que saber puede ser trazado con la misma relación ‘en reserva’ según la que opera toda lógica digna de ese nombre. Eso no quiere decir nada ‘particular’, pero eso se articula en cadena de letras tan rigurosas que, a condición de no fallar ninguna, lo no sabido se ordena como el marco del saber.

Lo asombroso es que con eso se encuentre algo, los números transfinitos, por ejemplo. ¿Qué era de ellos antes? Indico aquí su relación con el deseo que les dio su consistencia. Es útil pensar en la aventura de un Cantor –aventura que no fue precisamente gratuita– para sugerir el orden, aunque no fuese el transfinito, donde el deseo del psicoanalista se sitúa.<sup>9</sup>

La complejidad que muestra Lacan con respecto a los números transfinitos es –guardando la proporción– un modo de situar el deseo del analista, una relación transfinita con su formación. Sólo de esta manera podemos entender la referencia a los descubrimientos de Cantor en la lógica matemática. Con esto la propuesta lacaniana nos enseña la dimensión del deseo del analista, que, si bien aparece como una *x* ante la demanda del paciente, no se acota a ésta, despliega una distancia infinita entre un número entero y otro, lo que transmite las dimensiones del deseo. El deseo nunca es contable, su infinitud no es longitudinal, más bien trasciende al

<sup>7</sup> Cfr. Jacques Lacan, “La Cosa freudiana, o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”, En *Escritos I*, Siglo XXI, México, 2013, p. 405.

<sup>8</sup> Christian Igno Lenz Dunker en: *La (de)formación del analista*, de Dominique Touchon Fingermann, Escabel ediciones, Buenos Aires, 2015, p. 21.

<sup>9</sup> Op. Cit., Jacques Lacan, “Proposición del 9 de octubre de 1967, En analista de la Escuela”, p. 268.

sujeto. Freud ya lo decía, el deseo va más allá del sujeto, es indestructible. Lacan por su parte advierte que el hecho de no saber, o de no saber que se sabe, no denota únicamente una relación con el vacío, sino que implica el lazo con los efectos del significante en la dirección de la cura.

La formación del analista surge de modo intermitente atravesando por el discurso y el acto. Sin embargo, el campo que se expande es la posibilidad de cuestionar esta formación con la finalidad de construir dispositivos que respondan al esquema de comunicación, pero al mismo tiempo, no pase de largo el problema del goce, del cual no se ha dicho lo suficiente. Finalmente, es importante dejar testimonio del paso por la experiencia del análisis, que si bien no hay documento que respalde, si están los pares, que en el *pase* posibilitan hablar del propio análisis, que no implica repetir ni tampoco armar un molde para el resto de los tratamientos que, como analistas, acompañamos.

Se trata de no reducir la *praxis* ni la formación del analista en una ideología que termine en los campos de la masa, tal como Lacan lo señala.

La naturaleza de esas sociedades y el modo en que obtemperan se aclaran con la promoción por Freud de la Iglesia y del Ejército como modelos de lo que él concibe como la estructura del grupo. (Con este término, en efecto, habría que traducir hoy *Masse* de su *Massenpsychologie*).

El efecto inducido de la estructura así privilegiada se aclara aún más por agregársele la función en la Iglesia y en el Ejército del sujeto supuesto saber. Estudio para quien quiera emprenderlo: llegaría lejos.

Al atenerse al modelo freudiano, aparece de manera muy manifiesta el favor que reciben en él las identificaciones imaginarias, y al mismo tiempo la razón que encadena al psicoanálisis en intensión a limitar a ese modelo su consideración, incluso su alcance.<sup>10</sup>

El *trabajo* del analista no es la producción masiva. *El caso por caso* con el que trabaja hace alusión al encubrimiento del deseo. La intención no implica develar una verdad a modo de caja oscura. De eso, tenemos noticia con Freud, cuando en *Construcciones en análisis* indica que la interpretación nunca es “exacta” o “verdadera” para tener efectos, sino es por el hecho mismo de hacerla presente. El inconsciente en tanto repetición queda como marca del campo freudiano. El encubrimiento está a la vista de todos. Es *la carta robada*. Es la ausencia como potencia, que no aparece en tanto deficiencia, más bien tiene sus grandes alcances, al menos para el analista.

El psicoanálisis como “síntoma” de la época moderna, procura situarse en un campo donde la interpretación no se acota al sentido, en otras palabras, supone una interpretación nunca es equivalente a la saturación del sentido.

Para cerrar, la pregunta re-surge y se balancea, en si *el Retorno a Freud* posibilitó a Lacan el cuestionamiento por la formación. ¿No será acaso que, dar testimonio de este *Retorno* obliga a hacer síntoma, para evitar hacer “masa” con la singularidad del sujeto, del deseo del analista y de su intervención? La virtud del analista tiene que ser –entonces– retraerse en la experiencia única de la escucha de cada analizante, sin prohibirle, a su vez, la experimentación de sus facultades. Apasionadamente el analista comparece con su palabra, justifica su *praxis* para autorizar a aquellos que saben *decir* por qué su *incurable* es así, tomando como lugar prioritario lo que no tiene sentido, es decir, la estructura del *hablanteser*.

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 275.

## REFERENCIAS

- Dominique Touchon Fingermann, *La (de)formación del analista*, Escabel ediciones, Buenos Aires, 2015.
- Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, Editorial Grandes de la Literatura, México, 2005.
- Sigmund Freud, (1915), *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. Vol. II, edición 1973, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Jacques Lacan, “Situación del psicoanálisis y su formación del psicoanalista en 1956”, En *Escritos I*, Siglo XXI, México, 2013.
- Jacques Lacan, “Proposición del 9 de octubre de 1967, En: analista de la Escuela”, En *Otros escritos*, Paidós, Argentina.
- Jacques Lacan, “La Cosa freudiana, o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”, En *Escritos I*, Siglo XXI, México, 2013.
- Chistian Igno Lenz Dunker en: *La (de)formación del analista*, de Dominique Touchon Fingermann, Escabel ediciones, Buenos Aires, 2015.